



# LA BIBLIOTECA DE MI PADRE



No puedo decir que ~~no~~ conociera a mi padre, que murió cuando no tenía yo aún seis años. Me quedó de él un vago recuerdo, esfumado en niebla, y recuerdo de un cierto momento en que le oí hablar con otra una lengua para mí entonces extraña: el francés. ¡Lo que heriría mi imaginación infantil esto! Pero tampoco puedo decir que mi padre no hubiese influido en la formación de mi espíritu. Y no sólo por el ambiente que dejara en mi casa y por lo que de él oí contar en ella y fuera de ella, sino, sobre todo y principalmente, por la pequeña biblioteca doméstica que él formó, y en la que se formó no poco de mi espíritu.

La biblioteca doméstica de mi casa paterna no constaba de muchos libros, cuatro o cinco centenares, pero eran escogidos. Nada o casi nada de lo que se llama amena y vaga literatura, sino, aparte de algunos referentes a panificación—pues mi padre tuvo fábrica de pan e introdujo en Bilbao ciertas novedades de la industria esa—, libros de Historia, de Derecho filosófico, de Filosofía—las obras todas de Balmes—, de ciencia social y política y de ciencias en general. ¡Y cómo los devoraba en aquel pequeño cuarto sombrío, con una sola ventana que daba a un patio interior sórdido y entelarañado!...

Mi padre, que no tenía carrera, se hizo por sí esa pequeña biblioteca y su cultura, que, por lo que he podido colegir, no era escasa. Y se la hizo fuera de España, en Méjico. Era lo que se llamaba, y creo que aun se siga llamando, un *indiano*, si bien hoy se suele decir un *americano*. Siendo un jovencito, como tantos otros mozos vascongados—y de todo el litoral cantábrico— de entonces y aun de ahora, salió de su pueblo natal, Vergara, para ir a hacer su América. Y todos sus hermanos, mis tíos, que fueron tres, se fueron también a América, aunque no a la misma nación todos ellos. Mi padre se fué a Méjico, a la región del Pacífico; allí pasó unos años haciéndose hombre y, vuelto a su país natal, se estableció y casó en Bilbao, donde montó una industria con lo poco que pudo traer de su América. Y en esa industria dejó ese poco, muriéndose cuando ella más necesitaba de su cuidado. Algún otro se aprovechó de sus esfuerzos. Por mi parte, si debí a mi abuela materna la modesta fortuna que me permitió seguir carrera, debí a mi padre, al indiano, cierto ambiente que reinó en mi casa, y le debí aquella pequeña, pero tan interesante y tan escogida, biblioteca familiar.

Era la biblioteca de un autodidacto, de un hombre que se había hecho a sí mismo, y que se había hecho en América, en Méjico, lejos de su tierra natal y respirando aires de libertad y de liberalismo. En el álbum de retratos de mi casa, en ese álbum en que se encuentra los daguerreotipos de los tíos y tías a que no se conoció, el de la madre de uno, cuando era una niña, el del viejo amigo de quien tantas veces se oyó hablar, el de aquel tío que se fué y no se ha vuelto a saber de él, en aquel álbum aprendí desde niño a familiarizarme con dos fisonomías: con la cara de chivo de Abraham Lincoln, el héroe inmortal de la Unión norteamericana, y con la cara impassible del indio Benito Juárez, el verdadero padre civil de la patria mejicana. Y en la biblioteca familiar de mi padre aprendí a interesarme por las cosas de la América española.

O. C. tomo X

1c





Muchas veces se habla de las fortunas que de las Américas trajeron nuestros padres y abuelos y muchas veces se ha ponderado lo que ciertas regiones españolas, sobre todo las del litoral cantábrico, deben al abono de esas fortunas; pero no se dice tanto, aunque se diga algo, de lo que los *indianos* o *americanos* han contribuido a la formación de la conciencia pública en esas regiones, a la mejor educación de sus hijos y a la liberalización del espíritu social. Porque la América española—me place llamar así a la América en que en nuestra lengua se piensa y se siente—ha contribuido no poco a educar generaciones de esta España a que debe el fondo de su educación.

Hace unos días, el 12 de este mes de octubre, se celebró lo que se ha ordenado se llame la Fiesta de la Raza, cuando sería mejor llamarle la Fiesta de la Lengua—aunque en rigor la verdadera raza del espíritu es la lengua—, y en esa ocasión volvió a destaparse el tapón de la espumosa retórica del iberoamericanismo. Los elementos oficiales y oficiosos repitieron una vez más los resobados y manidos lugares comunes de la Unión iberoamericana, y siguieron noble y fecundamente silenciosos los que más contribuyen a que esa unión—contra la que han conspirado, sabiéndolo o sin saberlo, esos elementos oficiales y oficiosos—sea un hecho.

Yo no sé si habrá hoy en España muchas bibliotecas familiares como fué la de mi padre, y hasta me parece que no. La mayoría de los emigrantes que van a las Américas a buscar la base económica para fundar después aquí una familia—y descuento a los que allí se quedan y allí la fundan, aunque siempre familia española—, la mayoría de esos trabajadores no encuentran hogar ni tiempo para darse otra educación que la que nos da el trabajo, y no es ello poco. Pero es indudable que son aún muchos los que, si no hacen fortuna, se hacen allí una conciencia civil y un espíritu público que aquí no se habrían hecho. Si mi padre se hubiese quedado en su pueblo nativo, es más que seguro que me habría faltado lo más de la base sobre que se formó mi conciencia civil, mi espíritu público.

Pueblos hay en España—¿quién lo ignora?—en que se leen más los grandes diarios de tal o cual república hispanoamericana que los de España. Ultimamente, en el tomo I de la magnífica *Historia de la literatura argentina*, de Ricardo Rojas, hablando de las ediciones a que ha llegado el estupendo poema gauchesco *Martin Fierro*—sobre el que ya llamé, con un estudio, la atención del público español en 1894—, éxito no alcanzado ni por la *María*, del colombiano Jorge Isaac, ni por otro libro alguno en la América española, agrega Rojas: «No dudamos que el éxito será mayor cuando el comercio editorial lleve este poema al continente y a España.» Por mi parte, no espero la difusión de ese ni de ningún otro producto espiritual y artístico de la América española de ningún género de eso que se llama ahora intercambio intelectual, y más si ha de ser universitario; sólo la espero de que algún *americano* los traiga acá como mi padre trajo antaño algunos libros—y acaso por eso menos plata—, y que parte de una futura generación española se instruya en el conocimiento de las cosas de allá.

MIGUEL DE UNAMUNO

